



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 47.

JUEVES 21 DE ENERO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

## SUMARIO.

EL HOMBRE Y EL PAPEL, por Carlos Muller.—LA ROSA DE IVRY. (Continuacion).—EL COMPROMISO DE CASPE. (Continuacion).—LA NUEVA ZELANDA. (Conclusion).—EL BAÑO, poesia, por José Fernandez Bremon.—LOS DERVICHES.—LAS PALMIPEDAS.—EL CASTOR.—A DOLORES, serenata, por Manuel María Guillen.—GANTARES, por Terencio Thós.—PERLAS Y AVELLANAS, cuento oriental, por Luis Rivera.—REFRANES ANTIGUOS.

### EL HOMBRE Y EL PAPEL.

La historia del papel es la historia de la humanidad. Sin el papel, fuera muy hipotética la existencia de la impresion de libros. Sin el papel, apenas existiera la grandiosa cultura de Europa, tal como la vemos espresada en sus ciencias, en sus artes é industria: porque es el papel el primer telégrafo por cuyo medio se comunicaron fácilmente las naciones de la tierra sus pensamientos y sus inventos varios. Su consumo es la medida mas natural de la altura intelectual de un pueblo, como lo es el del hierro para su actividad fabril, y como lo es, segun Liebig, el del jabon para el estado de aseo de un pueblo.

Mas no siempre fue como ahora, en que por unos pocos cuartos puede uno adquirir, con el papel, un recipiente del pensamiento. Si con este nos trasladamos á los primeros principios de una civilizacion crepuscular, veremos que la historia del material para escribir va de parejas con la progresiva cultura del entendimiento humano. Antes que se formara la lengua, era por demás todo material para escribir. La naturaleza habia dado al hombre una lengua propia tan solo para la inteligencia inmediata, incapaz de obrar en el ausente; esto es, la lengua de los ademanes, tan espresiva y admirable aun hoy dia en nuestros sordomudos. El hombre se levantó sobre aquel estado salvaje con la formacion de la lengua, dió forma á sus pensamientos, y esta forma estuvo pidiendo luego una escena mas vasta que la de la comunicacion oral. Fiel á su ilustre naturaleza íntima, pensó ya el hombre en lo venidero, en los medios de comunicar al amigo y á la

prosperidad las vicisitudes de la vida. Créose para la lengua la escritura, cuyas primeras y toscas formas eran monumentos contruidos de tierra, piedra, árboles, etc.

El modo de escribir viene á ser tambien la medida del grado de cultura de la lengua y del estado intelectual del hombre. Con la escritura geroglífica habia ya hecho el hombre un adelanto muy reparable, aunque fuesen los materiales de piedra, tejas, ladrillos y cuñas. La escritura geroglífica demuestra cómo se adheria aun el hombre inmediatamente á la naturaleza, viviendo y pensando en ella. Por esto ya no nos sorprenden estas letras, puesto que son, sin escepcion, imágenes naturales. Las mas conocidas se encuentran en los antiguos monumentos de los egipcios, aunque tambien hubo otros pueblos que usaron esta escritura, la que se ve cortada en algunos peñascos en la América meridional.

Los antiguos peruanos habian ideado un medio de dar cuerpo á sus pensamientos. Tal es la escritura de quipos ó de nudos, para la cual se servian de un cordon principal, del cual se prendian una multitud de cordones accesorios. Aquel indicaba, por decirlo asi, el pensamiento principal de una noticia; el accesorio espresaba las particularidades por medio de ciertos nudos, variados y artificialmente enlazados. Eran á veces de diversos colores; el cordon rojo indicaba los soldados, el amarillo el oro, el blanco la plata, el verde los granos, etc. Pero ya se deja entender cuán trabajosa habia de ser la lectura de tal escritura, y tanto mas, por cuanto siempre debia decirse al lector de antemano, y verbalmente, si se referian los quipos á número de pueblos, á tributos, guerras, etc.; por cuya causa se vieron en la precision los soberanos de los incas de nombrar ciertos funcionarios, llamados *quipocamayocuna*, para descifrarlos. Mas adelante se llevó á mayor perfeccion este modo de escribir, y aun en el dia se sirven los pastores de los altos llanos del Perú, segun aseguran algunos viajeros, de una escritura parecida para contar sus rebaños.

Mucho mas poderoso fue el invento de las letras, por cuyo medio se fue levantando el hombre sobre la tosca y trabajosa escritura geroglífica. De todos modos habia adelantado tanto su lengua al propio tiempo en íntima conexion, que se echó de ver la necesidad de emplear caracteres mas coherentes, y tales como no podia ya ofrecerlos la naturaleza. La cuña y el cincel eran el buril con que se escribió el primer papel en la Babilonia y la China, asientos primitivos de la civilizacion, sobre ladrillos cocidos y láminas delgadas de pizarra. Luego se escribió tambien con piedras puntiagudas, y mas tarde con estilos metálicos, siguiendo á las piedras láminas de metal, de plomo probablemente, por ser mas fácil de trabajar. Para este nuevo papel, para cuya preparacion se requerian ya ciertos conocimientos químicos, se emplearon buriles mas duros, los cuales halló el hombre en piedras duras, en el hierro y el cobre. El último se empleó luego, en vez de buril, como papel, por cuanto el plomo, por su blandura, se prestaba mucho menos á conservar para la posteridad la escritura que se habia ido perfeccionando. Entonces se ideó un procedimiento para laminar el cobre, y el hierro sirvió de buril. Mas no bastaba todo esto para satisfacer el espíritu del hombre, que iba progresando siempre. Asi es que echó mano de tablillas de madera, en las que grababa las letras con buriles de hueso y de cobre. Este proceder era cómodo, pero luego lo fue mucho mas con la ocurrencia de cubrir de cera las tablillas, y de escribir en ellas con estilos de cuerno ó de plata. Por este mismo tiempo empezaron á emplearse en la escritura las pieles y entrañas de animales. Cuanto mas se civilizaba el hombre, mas debia generalizarse la escritura, y tanto mas llana debia hacerse. Para escribir un libro no cabia emplear materiales gruesos ni pesados. Echóse mano entonces de las hojas de los árboles, empezando por las de la palmera. Los egipcios fueron los primeros que se sirvieron de ella; por donde llamaron los griegos *letras fenicias* á los caracteres



egipcios, porque daban á la palmera el nombre de *phenix*, como se llama aun en el día la palma datífera. Cuando empezó á usarse como papel la hoja de palmera, se reservó su uso para los *libros sagrados*, de donde le vino el nombre de *hoja santa*. Empleóse despues, en vez de las hojas, el liber de los árboles, entre otros del tilo, del abedul, del olmo y del arce, en el cual se rayaban las letras con agujas, y mas adelante con el cálamo. Los Romanos daban á este liber el nombre de *Charta corticea*, ó simplemente de *liber*, palabra que conservó tambien la lengua latina para denotar una coleccion de tales hojas ó un libro. Los antiguos alemanes escribían en el liber del abedul, de donde el nombre de *Birkenesang* (cantos del abedul) que lleva una de sus poesías heróicas mas antiguas que conocemos. Del liber de los árboles no habia al tejido del lino y del algodón mas que un paso.

Ya tenemos recorridos al vuelo algunos miles de años de la cultura humana; hemos llegado al tiempo de Alejandro el Grande (entre los años 336 y 323 antes de J. C.) Por este tiempo empieza, con la aplicacion del arbusto papiro (*Cyperus Papyrus* ó *Papyrus antiquorum*), un nuevo ramo de cultura en Egipto. De ahí la voz papel.

Segun las tradiciones de los antiguos, fabricaban estos de la corteza interior de este arbusto lonas para velas, vestidos, colchones, sogas, y los sacerdotes egipcios su calzado. El papel que se fabricaba de esta planta preciosa se llamaba *biblos*, que en griego significa *libro*, y de donde la palabra *Biblia*. En el antiguo Testamento, se da á esta planta el nombre de *Gome*, y entre los árabes actuales se la llama *Burdih*. Este nuevo material para escribir alcanzó luego gran fama, y constituyó, como renglon de comercio, la riqueza del Egipto; de modo que Firmo, príncipe egipcio, se jactaba de poseer tanto papel, que podía con su producto mantener un ejército entero.

El invento de este papel natural facilitó la produccion de una multitud de libros. Con esta mayor facilidad fue cundiendo la afición á reunir libros; y el rey Tolomeo II porfió con Euménés, rey de Pérgamo, en la formacion de grandísimas bibliotecas. Los celos de Tolomeo contra Euménés movieron al primero á prohibir la esportacion del papel para Pérgamo; y tanto, que los habitantes del último país se vieron, con gran sentimiento, privados de un material del que no podían ya prescindir. Pero la necesidad es madre de la industria; y los de Pérgamo idearon finalmente aplicar las pieles de animales para fabricar un nuevo material para escribir. De este modo se inventó, por los años 200 antes de J. C., el pergamino, así llamado de Pérgamo, lugar de su nacimiento, papel tan excelente, que subsistió sin rival durante mucho tiempo, limitó mas y mas el uso del papiro, y se conservó hasta mas acá de la edad media. En la época en que se usaba exclusivamente el papiro, hacían los alejandrinos, con los romanos sobre todo, un comercio de consideracion de este artefacto; y tanto, que los derechos de entrada que pagaba esta mercancía constituían uno de los principales ingresos del tesoro. Cuando los apuros del erario movieron al gobierno de Roma á aumentar los derechos sobre el papel, y por este motivo dejaron de enviarlo los egipcios, hubo en la capital del mundo un tumulto que obligó al senado á distribuir todo el papel existente. Cuando mas adelante declaró Teodorico libre el papel de todo derecho, Casiodoro, con mucha oportunidad, dió el parabien á la humanidad por aquella providencia.

El uso del papel egipcio duró hasta el siglo XI, aunque su consumo habia disminuido ya en gran manera con el del pergamino, y vino á perderse completamente cuando los árabes trajeron á Europa el invento del papel de algodón.

Este papel es el primero que presenta alguna semejanza con el que usamos ahora; y á él debe el nuestro su existencia. Preparábase con la hebra del algodón, que se batía hasta reducirla

á una masa. Este papel era conocido en el comercio con el nombre de *pergamino griego* ó *Charta cultunea*. Pero pronto se echaron de ver sus inconvenientes; pues era tan blando, tan desigual y quebradizo, que no se podía escribir en él sino con pincel, y aun esto con mucho trabajo. Finalmente ocurrió á un alemán, por los años 1270, aplicar con este intento el cáñamo y el lino. Para facilitar el trabajo se construyó el primer molino en 1397 en Nuremberga; y pronto se estendió este nuevo papel por España, Francia, Italia, Bohemia, Suiza, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Rusia, y hasta en América. Pruébese la importancia de este descubrimiento con el hecho de haber armado caballero el rey de Inglaterra al alemán Spielmann, que, en 1588, llevó esta industria á aquel país.

La nueva aplicacion del papel, que fue siempre en aumento, y sobre todo la invencion de la imprenta, trajeron consigo una nueva época para la fabricacion de este artículo. Ya no satisfacia, como antes, el cáñamo duro y sucio; buscóse la primera materia en la turba, en el pino, en las fibras leñosas, en la paja, el musgo, etc., y encontróse por fin, como una perla en la basura, como una pepita de oro en medio de la inmundicia, en la ropa blanca usada, en los trapos viejos. Con esto se dió el último paso para fabricar un papel que se puede escribir é imprimir con toda facilidad. Hasta el siglo XVI solo hubo papel encolado para escribir. El hombre habia alcanzado el objeto que se habia propuesto, y se puso á descansar como el viandante tras una larga marcha. No parecerá pues extraño que no se haya hecho desde entonces otro progreso, en la fabricacion del papel, fuera del invento de la máquina papelera, que se ideó por los años de 1820. En el día ocupa este nuevo invento millares de tales máquinas, las que, con las finas que aun existen, entregan anualmente al consumo 500 millones de libras de papel, de valor 66 millones de duros.

Así es como en efecto viene á ser la historia del papel la historia de la misma humanidad. Solo el fabricante de papel, con su material sencillo y barato, sacó á luz aquellas grandísimas bibliotecas, de que se envanecen todas las capitales y ciudades importantes de los pueblos cultos; y aquellas otras mas modestas, pero mas útiles quizás, que constituyen el primer adorno del gabinete de todo hombre que aspira á la cultura de la inteligencia y del corazón. Hasta los ángulos mas remotos de la tierra van volando las noticias del día en miles de periódicos, que por una corta retribucion enteran á cada cual de las ocurrencias de la casa general, de la tierra, y de su gran familia, la humanidad.

Por medio del papel va penetrando por los pueblos aquel alto espíritu, que, anunciado en las últimas décadas por rayos y truenos, arranca, con la industria y el estudio de la naturaleza, los últimos grillos de la barbarie, y va convirtiendo á los pueblos en una sola familia, haciéndolos dignos de la libertad.

CARLOS MULLER.

#### LA ROSA DE IVRY.

(CONTINUACION.)

Esta sola palabra le recordó al conde cuánta prudencia le hacia falta.

—Vamos, dijo suavizando su voz y sus maneras, ya te comprendo... todo esto no ha sido mas que una prueba; quieres que sienta mis faltas para contigo... Es verdad, lo confieso, merezco que me las echés en cara... y todas las reparaciones compatibles con las conveniencias te las daré. No eres rico, y lo serás... No me contradigas, porque no estás solo y tienes familia. Tu casa necesita que la renueven, tus bienes son cortos... eres rentero de los demás... yo te daré tierras en propiedad... Serás feliz... y tu hermana tambien...

—En la suerte de mi hermana no tengo ya nada que ver, monseñor. Yo no pensaba en

subir hasta vos, vos habeis bajado hasta mí... Echaos, pues, la culpa á vos mismo de lo que sucede.

—Pero ¿qué quieres, en fin? exclamó el conde.

—¿Lo que quiero? repitió Vicente, nada mas que la verdad: Enriqueta es vuestra mujer. En cuanto á mí, no tengo otra obligacion que la de asegurar sus derechos. Despues, no me volverás á ver; Enriqueta no tendrá familia, no tendrá hermano que os avergüence: no habrá mas que la condesa de Tournil.

El conde vió que nada podia esperar de la resolucion fria y premeditada de semejante antagonista. El tiempo, sin embargo, volaba; antes de una hora le esperaria la marquesa, adornada, brillante y alegre en medio de la mas ilustre, y á la par de la mas desapiadada sociedad... ¿Qué hacer? ¿Cómo deshacerse de aquel aldeano brutal y obcecado, igualmente insensible á las amenazas y á las promesas?

Si pudiese al menos ganar algun tiempo... el espacio indispensable para firmar el contrato, ó al menos para ver á la marquesa é inventar algun ardid. Al fin probó.

—Vicente, sois exigente y terrible, le dijo, y lo conozco, quizá tengais razon... pero considerad tambien que no puedo decidirme á nada sin reflexionar antes con calma.

Una sonrisa desdeñosa acogió estas palabras.

—Comprendo muy bien, señor conde, que tengais necesidad de reflexionar hoy mismo, aunque mejor hubiera sido que lo hubieseis hecho hace tres meses, antes de engañar á una pobre jóven. Con todo, reflexionad algunos momentos, una hora si es preciso: esperaré.

—¿Aquí? dijo el conde viendo que Vicente se sentaba tranquilamente en un sillón.—Mas teneis razon, esperadme aquí.

—¿Y vos, monseñor, mientras tanto?...

—Estaré en el cuarto de al lado.

—Bueno, contestó el obrero, prometiéndose observarlo todo. Idos, señor conde.

El coronel se fué en efecto al gabinete donde acababa el caballero de tener una conferencia con su ayuda de cámara.

—Todo saldrá á las mil maravillas, dijo el señor de Vandanne viendo entrar al conde; Dubois va á dar la última mano al asunto... Pero ¿me pareceis todavia mas turbado que antes? prosiguió, sorprendido al ver su agitacion.... ¿Han sobrevenido nuevos pesares? ¿Pensais quizá en abandonar á la marquesa para volver con esa niña?

El conde hizo un gesto de desden.

—No se trata de ella... No me habíais dicho que su hermano estuviera aquí...

—¿Qué nos importa ese hombre?

—Ese hombre, querido amigo, es mas temible que su hermana, porque es mas avaro, mas ambicioso, y sobre todo mas audaz que ella. Abí está el peligro. Mientras él pueda obrar con libertad, hay mucho que temer... En nombre de la amistad que me concedéis, evitad un escándalo doloroso para todos nosotros, para la marquesa lo mismo que para mí... Libradnos á todo precio de ese hombre!

—¿Cómo? considerad... ¡otro rapto!...

—Por veinte y cuatro horas.

—¿Es realmente tan temible ese hombre?... ¿Qué hacer con él?... No es ninguna muchacha... ¿A dónde llevarle?...

—¿Qué diablo! exclamó el conde con enojo, al Forl'Eveque; para algo se han hecho las cárceles. Una palabra vuestra puede abrirme las puertas... el inspector de policía os servirá con mucho gusto...

—Es verdad, dijo el caballero indeciso; pero arrestar de ese modo á una persona sin pretesto plausible...

—¡Por un día nada mas!... Su hermana os comprará su gracia, dijo el conde bajando la voz. En fin, entre él y yo, elegid.

El caballero de Vandanne se quedó pensativo. La perspectiva de conceder á Enriqueta el perdón de su hermano, influyó quizá sobre su determinacion. Se sentó ante un escritorio y escribió á toda prisa una esquila.

Mientras el conde de Tournil llamaba á un



lacayo para mandarle con la esquila, pensaba en sacar el mejor partido posible del plazo con tanto trabajo conseguido. Retardar el contrato no era ya posible, cuando estaba ya convidada la mas escogida sociedad de la capital; pero despues de firmar, le seria fácil, así lo pensaba él al menos, de persuadir á su esposo que la soledad era mejor que el tumulto para disfrutar de tan dulce union. En aquel mismo dia concluirían las fiestas proyectadas, y la llevaría á unas tierras que poseía en Picardía; cuando Vicente llegase á descubrir su paradero, ya habria calmado su necia susceptibilidad; todas las recriminaciones no prevalecian sobre los hechos ya realizados.

## XII.

## LOS RECURSOS DE UN GUARDANOTAS.

Contento con este compromiso un tanto paradójico, pero que adulaba las necesidades del momento, cogió de las manos del caballero la esquila y se marchó con el lacayo dándole sus órdenes.

El conde de Tournil no ofrecia bastante confianza al hermano de Enriqueta para que este estuviera sin cuidado. Esperaba muy poca cosa de sus reflexiones, y casi se arrepentia de no haber exigido una solucion inmediata; pues conocia de tal modo á aquel señor, que principiaba á dudar de que tuviera mas ganas de sustraerse á sus compromisos por medio de alguna maquinacion, que de resignarse como se le mandaba el honor.

Por eso, levantándose al corto rato del sillón en que se habia sentado mas bien por brabata que por raciocinio, y se fué á una ventana, desde la cual podia observar todo lo que pasaba en el patio.

El conde habia previsto este inconveniente, por lo cual, sin pensar ya en su carruaje que esperaba en el patio al lado del caballero, despues de dar sus órdenes á Dubois, que comprendia estos asuntos á las mil maravillas, salió sin estorbo por una puerta escusada que daba á una callejuela, y se dirigió rápidamente á la calle de Santo Domingo.

En el mismo momento en que el conde salia de este modo, Vicente, sin moverse de la ventana, vió que un coche atravesaba la puerta de la casa, pero era el del caballero y dentro iba una mujer cubierta con un largo y elegante manton, y con las manos metidas en un manguito de magnífica piel.

Se estaba preguntando quién podria ser aquella persona cuyo rostro no habia llegado á ver, cuando se abrió bruscamente la puerta y entró Jorge.

Con el rostro descompuesto, la mirada estraviada y fuera de sí, exclamó:

—¿No la has visto?... ¡es ella!...

—¿Qué dices?... ¿De quién hablas?...

—La he conocido... es ella... Enriqueta, á quien se llevaban en ese coche...

—Has perdido la cabeza, amigo mio; Enriqueta, con ese traje... con manton de seda y manguito de armiño... ¿Se te ha subido el vino á la cabeza?...

—Ni estoy ébrio ni loco... Te repito que he visto claramente las facciones de tu hermana.

—En verdad... es posible... ya caigo... El señor de Vandanne nos ha prometido que la presentaría á su madrina en cuanto pudiera. La envía ahora en su coche, es un favor...

—Y por lo mismo la ha disfrazado; ¿es verdad?...

Vicente se estremeció, principiando á estar inquieto.

—En efecto, no pensaba en eso... ¿Para qué tantas precauciones?... Los modestos vestidos de Enriqueta nada tienen de vergonzosos... Cada cual se viste segun su clase...

—Por fin váse viendo como yo que en todo eso se pasa algo...

Los puños de Vicente se apretaron á pesar suyo.

—Todos esos grandes señores son iguales,

murmuró. Están siempre tan unidos para el mal... ¡Oh! yo los arreglaré...

Se lanzó á la puerta, por la que habia salido el conde, pero al poner la mano en el picaporte, conoció que la cerraban por fuera. Un ruido leve indicó que tomaban la misma precaucion con la puerta que daba al cuarto de la marquesa y por la cual se habia llevado el caballero aquella misma mañana á Enriqueta.

Se paró pálido y temblando; su sangre se heló en las venas, y su corazón dejó de latir algunos segundos. Si se hubiera visto encerrar vivo en una tumba, no habria sido mas profundo su estupor. Sus cabellos se erizaron; quiso dudar aun, y fue precipitadamente á sacudir el pestillo con toda su fuerza.

¡Vanos esfuerzos! estaban encerrados y mientras estaban sujetos en el lazo en que habian caído con la ingenuidad de un niño, seguian su curso los proyectos de su enemigo; él triunfaba, se alegraba á costa suya... y Enriqueta... ¡Enriqueta!... ¿cuál era su suerte?

Aterrados, mudos, el mismo pensamiento, la misma desesperacion los asaltaba, sin que se atreviesen á comunicárselas. Pero este abatimiento fue pasajero y la rabia los sacó de él.

—¡Desgraciado de mí! exclamó Vicente; todo lo ha causado mi imprudencia... Enriqueta, por segunda vez te entrego á tus enemigos... No debia haberte dejado con esos infames... ¿A dónde va ese coche? ¿Quién me lo dirá ahora?... Héme aquí prisionero, reducido á maldecir y á desesperarme, en lugar de correr á salvarme!...

Y ya no intentaba romper la puerta inflexible, mas con sus puños golpeaba su propia frente y su pecho.

Jorge, cuya desesperacion era igual si no mayor, andaba por el salón gritando roncamente como una fiera que quiere romper las barras de hierro de su jaula. Miraba todos los rincones, las paredes, con la esperanza de que alguna cedería á su formidable impulso, ó de que alguna salida olvidada iba á presentarse á sus ojos.

De repente brilló una chispa en sus miradas; corrió á la ventana y la abrió... mas pronto se apagó este rayo de esperanza: lo menos veinte y cinco, pies, lo separaban del suelo.

Vicente habia comprendido su gesto y su pensamiento.

—¡Alabado sea Dios! dijo entonces, Dios te ha inspirado. ¡Enriqueta se salvará!

—¿Qué vas á hacer? exclamó Jorge deteniéndole; mira la altura; no la salvarás y te matarás.

—Déjame, prosiguió impetuosamente su compañero, todos los días escalo tejados mas altos que esta pared. Esto me ayudará.

Y al mismo tiempo arrancó las cortinas de seda que adornaban la ventana; con la ayuda de Jorge las ató unas á otras, sujetó una de las estremidades en el balcon y se deslizó apoyando los pies y las rodillas en los intersticios de la pared, con la destreza y la seguridad de equilibrio de una ardilla. Una corta distancia le separaba aun de la tierra, mas la salvó de un salto, y echando á correr tomó la direccion que Jorge le habia indicado.

Tan intrépida expedicion se habia efectuado tan pronto y tan hábilmente, que la poca gente que habia quedado en la casa, nada llegó á notar. Era, sin embargo, tiempo de que se efectuase, pues apenas llegaba Vicente á la calle, introducía Dubois en la antecámara del salón, donde habian sido encerrados los dos amigos, á una patrulla, á la que dió sus órdenes con aire de importancia.

Dubois no sospechaba siquiera que un poco antes el golpe hubiera sido doble y que se habia efectuado una sustitucion esencial en la identidad del prisionero, á quien creía tener seguro bajo llave. Por eso, animando con buen vino el celo de la patrulla, dijo:

—Vamos, muchachos, con poco valor basta; no hay ningún peligro; se trata solamente de arrestar á un particular cuyo crimen sería inútil explicaros, porque es un secreto de Estado. Quizá se resista, pero no tiene armas. Vaya

otro vaso de Burdeos. Aquí teneis la orden en forma, firmada por el inspector general de policia.

—Con eso me basta, dijo el sargento. Aunque haya cometido todos los crímenes ó ninguno, nada se me importa; para mí no hay mas que la orden. ¿Dónde está el pájaro?

—En ese cuarto. Es un patán del campo. Si se pusiera á gritar, echadle una mordaza.

—No tengais cuidado; sabemos nuestra obligacion. Abrid la puerta.

—Antes, el último trago. ¿Qué os parece el vino?

—Esceleste, dijo el sargento guiñando el ojo. Como éste no lo hay en el cuerpo de guardia.

Dubois le puso en la mano cuatro hermosos luises, añadiendo:

—Esto para los compañeros.

—¡Qué felices son los ricos, prosiguió el sargento; pueden beber todo el dia; pero gracias á vos, vamos á hacer lo mismo por espacio de veinte y cuatro horas.

Despues de estas reflexiones filosófico-báquicas, dió el sargento sus órdenes á su gente; Dubois abrió la puerta, y echándose toda la patulla sobre el pobre Jorge, se apoderó de él con tanta mas facilidad, cuanto que no pensaba en oponer resistencia, dichoso al considerar que su amigo y Enriqueta sacarian partido de esta equivocacion.

Su esposicion era en verdad fatal, porque probablemente le conocerian en breve y pasaría de la cárcel civil á la militar, donde corria sin disputa gran peligro; pero esto era lo que menos le preocupaba.

En aquel mismo momento entraba el conde de Tournil en el palacio de la calle de Santo Domingo. Mas, ¡cuántos contratiempos le habian atormentado en los cortos instantes transcurridos desde que se habia separado por la mañana de la marquesa, radiante de esperanza y de felicidad! ¡Cómo habian sucedido tan pronto la duda, la ansiedad, la amargura, á tantos sueños dorados! ¡De cuántos tormentos se veia perseguido á su regreso! ¡Cuánto veneno habia derramado tan corta ausencia en su alma!

Era preciso rechazar ese terror y esos presentimientos, olvidar sus remordimientos, disimular bajo graciosas formas los pesares que oprimian su corazón; era menester que su frente abrumada y sus labios contraidos fingieran á toda costa una sonrisa.

Su casamiento era, desde hacia seis meses, el fin de sus deseos, de sus esfuerzos; era una conquista disputada por numerosos rivales; habia saboreado su triunfo sin modestia, lo habia, por decirlo así, descontado de antemano; se veia por siempre perdido, si le salía mal en el último momento.

Gracias á los medios extremos empleados contra Enriqueta y su hermano, se veia por fin libre de sus persecuciones, al menos en aquel momento decisivo; esperaba burlarlas despues por algun tiempo, gracias á la determinacion de marcharse con la marquesa; mas con todo, se resentia involuntariamente de los percances porque habia pasado, y el porvenir no se le presentaba aun con un horizonte bastante claro.

Habia llegado tan pronto, que la marquesa estaba todavía en su tocador con sus doncellas, cuando él entró en el palacio. El tocado de las que se van á casar tiene el privilegio de ser interminable.

Algo aliviado al ver que no llegaba tarde, se fué al gabinete, á donde le dijeron que estaba el notario, esperando que le introdujeran en el salón de la ceremonia.

El escribano se ocupaba, en efecto, vuelto de espaldas á la puerta, en comprobar los papeles; mas al oír ruido se volvió, y el coronel y él se miraron silenciosamente; el primero sobrecogido casi tanto como cuando en la calle de Santa Margarita se le habia aparecido Vicente Cousin; el notario, respetuosamente inclinado, pero dejando traslucir cierta espresion ligeramente burlona.



—¡Vos aquí, señor Quesnel! exclamó por fin el conde; vos aquí en París, en esta casa, en este día!...

—Yo mismo, señor conde, contestó el notario con su diabólica sonrisa y una calma que demostraba que estaba preparado á esta entrevista. Soy aquí el notario de la señora de Vauvillers, como lo era en Ivry. Ya lo veis, señor

conde, vuestro dinero me ha traído suerte; mis deseos están cumplidos; soy notario real en París, y lo que es mejor, encargado de una parte importante de vuestros negocios. Ya sabéis cuan grande es mi fidelidad, cuando se trata de mis deberes, y espero que seguireis concediéndome vuestra confianza.

—Muy bien, interrumpió el conde viendo

con disgusto á aquel concusionario; mi generosidad será proporcionada á vuestra discreción.

El castigo de su delito tomaba nueva forma; se sentía en poder de aquel vampiro.

—Creo que conocéis mi discreción, monseñor.

—Ni una palabra de lo que ha pasado á la marquesa.



Las Palmípedas.

—Mudo como la tumba, monseñor: lo pasado os responde del porvenir.

—¿Lo pasado?... repitió el conde, mirando severamente á su cómplice; ¿debeis acaso tomarlo por ejemplo?

El señor Quesnel sostuvo con el mismo estoicismo la mirada y la pregunta. Este hombre era en verdad un pillo de los mas astutos.

—Mi memoria no me echa nada en cara, monseñor; y si lo exigís, os haré los mas solemnes juramentos...

—¡Oh! ya lo creo... prosiguió el conde con una sonrisa de desprecio.

—Explicaos, monseñor, dijo el notario con acento ingenuo; nunca ha salido una palabra de mi boca sobre aquella aventura. La pasada

que jugamos á aquella niña y á su hermano, no merece que la recordeis siquiera.

—Teneis una seguridad que admiro y que casi envidia, señor guardanotas; mas para ahorrarnos tantos rodeos, estad seguro de que todo lo sé.

—¿Todo?...

—Aquel contrato no se efectuó segun habíamos ambos convenido.

—¿Quién os ha dicho?...

—He visto á Vicente.

El conde creía desconcertar con esa sola palabra á su interlocutor; mas no lo conocía. El señor Quesnel meneó tranquilamente la cabeza, y respondió tan solo con una amarga sonrisa, algo parecida al silbido de una culebra.

—¡Tened cuidado! prosiguió el coronel irritado de esta especie de burla; llevariais la pena de lo que pudiera sobrevenir.

—Acepto la responsabilidad de todo, dijo el señor Quesnel bajando la voz; pero no añadiréis nada á vuestras larguezas si os pruebo que nada teneis que temer ni en lo presente ni en lo venidero.

—Bueno, probádmelo, prosiguió impetuosamente el conde, y está hecha vuestra fortuna.

—Dadme un vale para que me pague vuestro intendente, porque el contrato...

—Vicente me ha amenazado con él hace menos de una hora.

El notario volvió á reírse con un acento mas agudo, semejante al de la víbora.





Los derviches.

—Vicente os ha engañado... El contrato no existe ya.

—Decís...

El señor Quesnel contestó con un tono irónicamente lastimero.

—¡Dios mío!... una desgracia... Hace dos meses, mientras me disponía á venir á instalarme á París, un incendio terrible que estalló durante la noche por los cuatro ángulos de mi casa, quemó todo y especialmente el armario

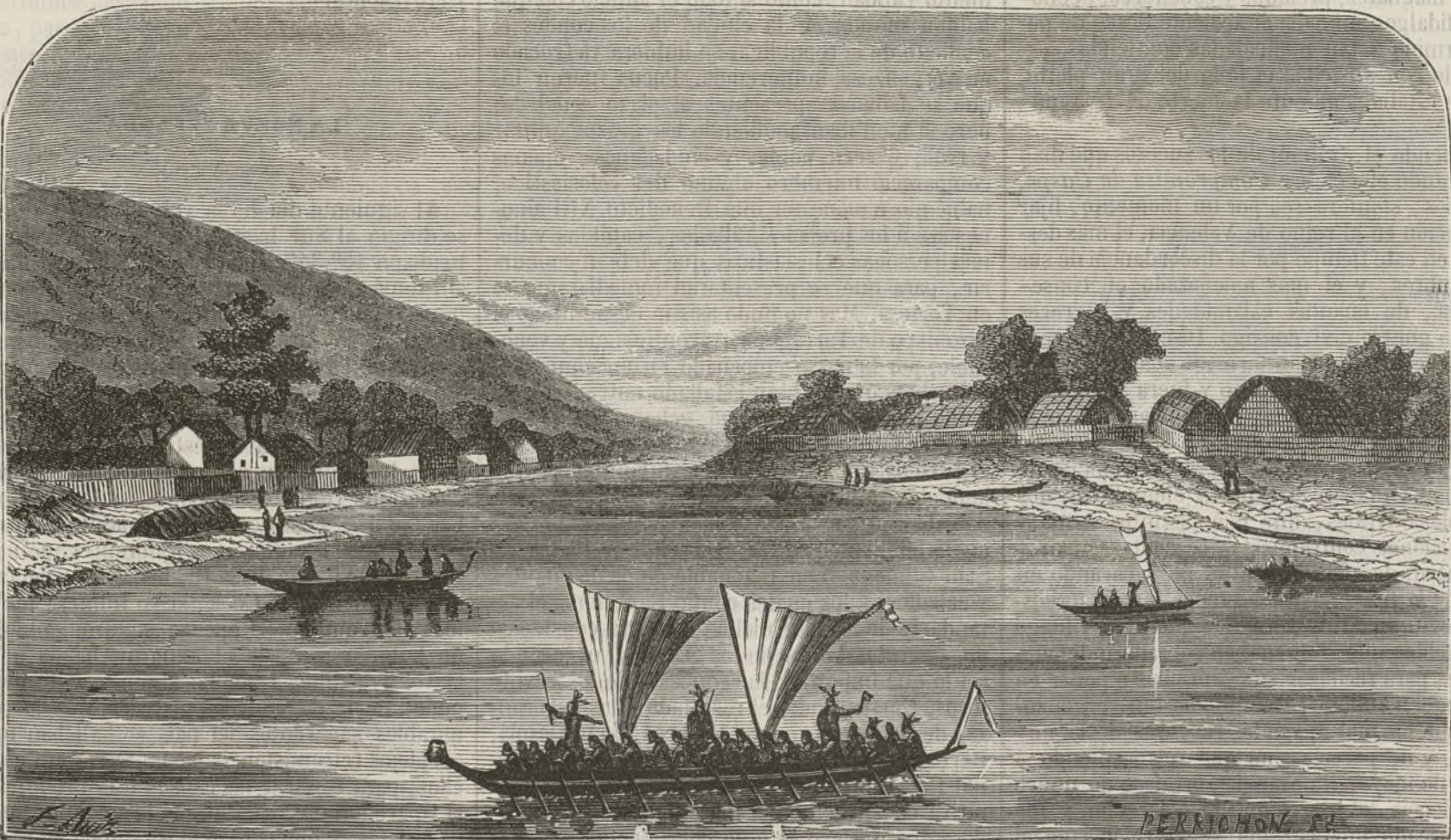
en que estaban guardados mis legajos... Fue una pérdida inmensa, monseñor, en la cual debió tomar parte la malignidad... Pero hay que saber resignarse á los decretos de la Providencia. El conde respiró como un hombre asfixiado que vuelve á la vida. Contempló al horroroso falsario que estaba ante él con una mezcla de admiración y de repugnancia.

—La Providencia hace muy bien lo que hace, señor Quesnel, y la malignidad tiene á menudo

cosas buenas... Cumpliré mi promesa... Y ahora, continuó aparte, ya no me marchó. Vengan fiestas... ¡quiero gozar de mi triunfo! Quiero celebrar mi casamiento en París, que las fiestas duren ocho días, y que hablen de ellas un mes en la corte!...

—¿Está monseñor satisfecho de mis servicios? dijo el notario con acento suave.

—Venid á casa mañana temprano y os los recompensaré.



Aldeas fortificadas cerca de la bahía de la Pobreza, en Nueva Zelanda.



Y radiante ya de verdadera alegría, sin pensar en lo pasado, entró en el salón, donde principiaron los lacayos á anunciar los nombres mas ilustres, á medida que el patio del palacio se iba llenando de coches con sus respectivos escudos de armas.

El señor Quesnel se deslizó humildemente por en medio de los señores ricamente vestidos, y se sentó con sus legajos á una mesa puesta con lujo en medio de la pieza.

(Se continuará.)

#### EL COMPROMISO DE CASPE.

(CONTINUACION.)

#### IV.

Poco mas de un año habia trascurrido desde que al morir el monarca aragonés legó la fatal manzana de la discordia á sus pueblos con la orfandad en que dejaba al trono; y á pesar de verse divididos los reinos en diversos y encarnizados bandos; á pesar de combatir á la Iglesia funesto cisma, no pudiendo interponer su autoridad, para dar fin amistoso y pacífico á cuestion tan controvertido; á pesar por último de hallarse los Estados de la corona de Aragon afligidos de mortífera peste, no menos cruel que las luchas intestinas, habíase ganado no poco terreno en el camino de la sensatez y de la imparcialidad, preludiándose ya, digámoslo así, una solución satisfactoria. Era en verdad el espacio de un año tiempo escusivo en demasía para la impaciencia de los pretendientes á la corona, y para la angustiosa situación de los pueblos, que necesitaban de protector y soberano; pero tal vez muy breve para aplacar los odios de los partidos; para aclarar y quilatar el derecho de cada uno de los diversos pretendientes; y para formular finalmente el voto de los mismos pueblos conforme á sus deseos y esperanzas, poniendo á cubierto de nuevos desastres lo porvenir de aquella conturbada monarquía. Inmensa era, pues, la responsabilidad que echaban sobre sí los hombres llamados á resolver tan difícil asunto, y no menor debía ser por tanto su circunspección y su cordura. Mas no hemos llegado todavía á lugar á propósito para pesar lo grande de la empresa, ni para reconocer y apreciar la conducta y el espíritu político que enaltecen á los Parlamentos de Aragon, Cataluña y Valencia: lícito nos será, sin embargo, consignar desde luego que á pueblos y magnates, prelados y caballeros, pecheros y fidalgos animaba el ardiente deseo de poner término á tan malhadadas contiendas, esperando con ansiedad el fallo del gran pleito, de que estaba pendiente la suerte de la república.

Haciendo el exámen de los sucesos que iban preparando el célebre *Compromiso de Caspe*, debemos, siquiera sea por un momento, fijar la atención en el reino de Valencia, el mas desunido en este tiempo por la discordancia de sus prohombres, y el mas amenazado en consecuencia, de cuantas calamidades y horrores lleva la guerra civil consigo. Discordes entre sí los valencianos, habian formado dos Parlamentos distintos; dentro el uno y fuera de la ciudad el otro. Trasladado mas adelante el primero á Trahiguera, congregábase el segundo en Vinaroz; y creciendo las desavenencias de dia en dia, daban el funesto ejemplo de dos asambleas rivales, que con distintos actos y disposiciones contrapuestas se contrariaban y combatian desafortadamente; no reparando en usar de la fuerza para sostener su desacreditada legitimidad, y poniendo á sangre y fuego los pueblos que se juzgaban sobrado independientes para rechazar sus caprichos ó poner en duda sus mandatos. Reanimaba tan vergonzosa lucha los mal apagados rencores de la nobleza, y no parecia sino que retrocediendo á siglos de mayor ignorancia, erigíase de nuevo la violencia del hierro en único derecho, y que enseñoreado una vez del suelo valenciano el monstruo de la anarquía, solo podía saciar su

furor con el estermínio de aquellos moradores. El baron, el noble que carecia de fuerzas suficientes para tener á raya á su enemigo y caía por desgracia en sus manos, gemía sin libertad en el castillo de su rival y tal vez en su palacio propio, recuperando aquella, ya por medio de sentencia de árbitros, ya á ruegos de algun encumbrado magnate, ó de algun poderoso prelado. Tal era el lastimoso espectáculo que presentaba el reino de Valencia, cuya capital, la hermosa ciudad del Cid, se agitaba entre los asoladores estragos de la peste y los rabiosos bandos en que se aniquilaban sus hijos. Mas no podian ver con indiferencia los Parlamentos de Aragon y Cataluña la destruccion de aquella parte de la corona; y considerando al propio tiempo que tan sangrientas disensiones eran dolorosa rémora á la resolución del gran problema político, cuya solución ansiaban todos los pueblos, determináronse á intervenir en los asuntos del reino valenciano, bien que empleando solamente las armas de la persuasión en nombre del bien público. Urgía ante todo el conseguir que los dos Parlamentos rivales se refundieran en uno solo, y para lograrlo, envió el principado al doctor Francisco Basset, y dió el Congreso aragonés sus poderes al comendador de Riecla Frey Iñigo de Alfaro; pero fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron durante dos meses para conciliar los ánimos, estrellándose contra el odio y rencor, que devoraban aquellas parcialidades. El Parlamento que se habia congregado en Benaguazir, quiso desde allí trasladarse á Trahiguera, como ya hemos apuntado; pero merced á los esfuerzos de Benedicto XIII, avenidos por un momento los caballeros y barones, quedó definitivamente constituido en Vinaroz; punto desde donde debía entablar sus pláticas por medio de cartas y embajadas con los de Aragon y Cataluña. No era, sin embargo, sincero aquel avenimiento; y hubiera tal vez llorado Valencia nuevos desastres, si regresando á la sazón de Castilla el gran cogedor de mies sagrada, cuyo acento sublime avasallaba el furor de sus compatriotas, no hubiera levantado su voz para mostrarles en ocasion tan solemne la senda de sus deberes. Fray Vicente Ferrer, que habia comenzado su evangélica predicación en medio de un tumulto contra la raza hebrea, lograba, pues, el envidiable privilegio de ser ahora el iris de paz de su desdichada patria.

Mostrábanse entre tanto no poco remisos en acudir á Tortosa, para proseguir las interrumpidas conferencias, los miembros del Parlamento catalán, como si todo el anhelo con que habian mirado en la ciudad de los condes el conflicto de la república, se hubiera ya trocado en vergonzosa indiferencia. Pocos fueron los que se hallaron presentes al plazo señalado; pero si bien iban acudiendo los brazos militar y real, ó sean nobles y ciudadanos, apenas apareció miembro alguno del eclesiástico, habiéndose menester que Benedicto XIII amonestase á los prelados, abades, cabildos y demás personas eclesiásticas que debían concurrir, para que se presentaran inmediatamente en Tortosa. Mas no pudo asistir desde luego el arzobispo de Tarragona, varón insigne y venerable, por hallarse empeñado en apaciguar los disturbios que habian estallado entre su hermano Ramon de Zagarriga, gobernador de Rosellon y Cerdeña, y su primo Juan de Vilamarí; disturbios tan sangrientos y furibundos, que agotados ya los medios pacíficos, hubo necesidad de castigar á los disidentes, para lo cual envió el principado contra ellos á Pedro de Sant Climent, con razonable golpe de infantes y caballos, á los cuales confió Barcelona el estandarte de Santa Eulalia, que era considerado como el *paladion* de los gremios, mostrando así lo que importaba la reduccion de los revoltosos. Correspondió el resultado á las esperanzas de Barcelona, cuyos síndicos, Juan Desplá, Bernardo de Gualbes, Ramon Fivaller y Bonanat Pera contribuyeron eficazmente á la definitiva constitucion del Parlamento, inaugurándose desde luego la gran cuestion que á todos interesaba.

Sentábanse en los escaños de los tres Parlamentos varones eminentes, que despreciando sutilezas, rencores y vanidades, caminaban directamente al deseado fin que se habian propuesto los tres reinos. Cerdeña y Sicilia seguían, devotas á la madre patria, los acuerdos del principado; y Mallorca, juiciosa y prudente, pretendia (sin lograrlo) tomar parte en los debates por medio de sus procuradores, que tan pronto acudian á Tortosa, como á Trahiguera, Vinaroz, Alcañiz, para donde se habia convocado finalmente el Parlamento de Aragon, abierto en 2 de setiembre. Reconocida mutuamente la legitimidad de los Parlamentos, y recibidas por unos y otros diversas cartas y embajadas, dióse principio á las conferencias que debían llevar la nave del Estado al puerto apetecido. Pareció inclinarse la opinion general en los primeros dias á formar una Asamblea, resultado de los tres Parlamentos, en la cual se acordase por todos lo mas conveniente: pusiéronse, sin embargo, notables obstáculos, y para allanarlos envió á Alcañiz el Parlamento de Tortosa á Asberto Zatrilla, dándole al par comision de interceder por el obispo de Tarragona, á quien tenia preso el gobernador Ruiz de Liori, y de concertar las desavenencias suscitadas entre la gente de armas que guarnecía á Morella y la que custodiaba á Tortosa. Necesario habia sido, por el mismo estado de los ánimos, poner algunos hombres de armas, así dentro de las poblaciones donde se tenían los Congresos, como en ciertos puntos estratégicos cercanos á las mismas, para defender la independencia y plena libertad de los diputados. Puso Alcañiz en buen estado de defensa sus fuertes, alistaron numerosas compañías de soldados viejos aragoneses, que bajo el mando de Guillen Ramon de Cervelló y Juan de Lluvia, vigilaban, recorrian y aseguraban los caminos de la ciudad, siendo confiada la guarda de sus almenas al cuidado de Ramon de Mur y de Frey Iñigo Alfaro. No olvidó tampoco el Parlamento catalán el adoptar acertadas medidas de defensa y custodia de la ciudad de Tortosa, reparando sus muros; y como si esto no bastara, atendía con igual celo á poner á recaudo las principales fortalezas del principado. Nombráronse con este fin capitanes adictos á la Asamblea y experimentados ya en los azares de la guerra, á quienes se confió la custodia de las villas y lugares fuertes; y mandóse al gobernador y capitán general de los condados de Rosellon y Cerdeña, que proveyera de víveres las fortalezas, abasteciéndolas de armas y provisiones.

(Se continuará.)

#### LA NUEVA ZELANDA.

(CONCLUSION.)

Al siguiente dia dió la vela el *Endeavour* y se dirigió al Sur hasta el cabo Turnagain situado en 40° 34' de latitud meridional; desde allí tomó Cook la vuelta del Norte dando nombre á muchos puntos que recorrió en su derrota. Entre otros regalos que hizo á los naturales de Turunga, figuraban dos hachas (que aquellos no quisieron recibir sino despues que se hubieron alejado de ellas los europeos) y algunos clavos grandes; estos últimos los arrojaron los indígenas al agua. En las conversaciones que yo he tenido con los jefes de aquellas tribus, siempre me han manifestado que sus antepasados eran unos ignorantes que nada sabían. «¡Ah, me decía Rakou, el hijo del caudillo á quien hirió Cook, si yo hubiera tenido mas años en aquella época, seguramente que no hubiera arrojado al agua un hacha ni un clavo! Traedme, traedme algunos.» También pude inferir de aquellas pláticas, que los venerables sacerdotes del país se hallaban muy perplejos (circunstancia bastante comun entre ellos) para explicar las causas que produjeron la aparición de los hombres blancos en aquellas costas, y que ponían gran ahinco en manifestar que no debía atribuirse el hecho á sus



encantos y misterios pagados caramente con la muerte de Te Ratu y los cuatro jefes que sucumbieron en la canoa; así pues, se contentaban con decir que solo á sus plegarias y súplicas al Taniwoa, ó sea su dios Neptuno, se debía la desaparición de los nuevos atuas que tanto se diferenciaban de los de la teogonia indígena, pues mientras que estos últimos se habían aparecido en la humilde forma de Tui bird ó envueltos en el pálido fulgor de una estrella, los primeros se mostraban revestidos de la figura humana.

Después de tocar en varios puntos de la costa, navegó Cook en dirección al Norte hasta doblar el Cabo del mismo nombre, y como su principal objeto era cerciorarse de si la tierra formaba una verdadera isla, desatracó un poco de la costa después de doblado el extremo septentrional y la corrió hacia abajo por la parte del Oeste dándole el nombre de desierta por lo estéril que aparecía desde el mar, si bien una milla al interior ya se muestra la capa vegetal totalmente distinta. Nada le ocurrió en el trayecto digno de particular mención hasta que llegó á la misma ensenada en que Tasman fondeó anteriormente, descubriendo á su vez, no sin gran sorpresa, que lo que aquel primer descubridor había tomado por una bahía era en realidad un ancho y espacioso estrecho que dividía la isla situada al Norte de la que se hallaba mas al Sur; Cook no dió nombre á dicho estrecho, pero todos los geógrafos le han asignado el de aquel ilustre navegante que primero circunnavegó la isla volviendo al cabo Turnagain de donde había partido. En seguida se dirigió Cook hacia la isla del Sur cuyas costas había divisado desde el referido estrecho, y continuó su rumbo por la costa oriental hasta que hallándose á los 42° 20' de latitud Sur descubrió cuatro canoas con unos 57 hombres á bordo, de las cuales escapó milagrosamente Banks que á la sazón se hallaba en un bote á corta distancia del buque por estar el tiempo en calma chicha. Las canoas se aproximaron á su vez, y permanecieron sobre sus canaletes, mientras que los tripulantes miraban el barco con aire de profunda sorpresa, pero sin contestar una palabra á las que les dirigía Tupia. En esta parte de su diario, y queriendo Cook consignar sus observaciones sobre la admiración de los indígenas al ver el buque, dice lo siguiente: «Unos lo miraban fijamente con cierta mezcla de terror y sorpresa; otros empezaban desde luego las hostilidades arrojándonos piedras; el único caballero, al parecer, que encontramos pescando tranquilamente en su canoa, pareció mirarnos como una cosa enteramente indigna de fijar su atención ni por un momento; mientras que otros sin esperar ninguna invitación de nuestra parte, subían á bordo con la mas completa confianza y amistosas demostraciones.»

Para no ser mas difusos, concluimos por recomendar al lector la relación de este interesante viaje en que después de circunnavegar Cook la tierra descubierta, emprendió su marcha de regreso desde el cabo Noroeste de la mayor de las islas, llamado Farewell, el día 31 de marzo de 1770.

El 12 de diciembre de 1769, un buque francés nombrado *San Juan Bautista* á las órdenes del capitán Surville, apareció en la costa oriental de la isla y atravesó la bahía que Cook acababa de bautizar con el nombre de *Indudable*, con la circunstancia de haber pasado por ella pocas horas antes en la mañana del mismo día, cuya singular coincidencia recuerda un suceso semejante acaecido en la exploración de la Nueva Gales del Sur. En efecto, los futuros colonos habían fondeado en la Botany Bay con la intención de establecerse allí cuando un marinero llamado Jackson descubrió por casualidad en sus correrías un magnífico puerto rodeado de numerosas ensenadas; transmitida, pues, la noticia al gobernador, que era el capitán Phillips, y cerciorado éste de su exactitud, se dió á dicho puerto el nombre de su descubridor Jackson; pero al dirigirse la expedición á la nueva bahía para fundar en ella la

colonia, se avistaron muy cerca de la tierra dos buques franceses ocupados también en la misma clase de exploraciones, los cuales estaban mandados por el célebre La Perouse, cuyo desgraciado fin en Manikoco, una de las islas Hébridas, dió á conocer á la Europa el capitán Dillon en 1827.

Surville salió del Gages el 3 de mayo de 1769 en busca del país llamado El Dorado, ó sea una isla que se decía acababan de descubrir los ingleses á unas 700 leguas de la punta mas meridional de la América del Sur, y en la que abundaba estraordinariamente el oro. Los vientos contrarios impidieron al *San Juan Bautista* atracar la tierra, pero el 17 de diciembre logró dar fondo en la bahía Indudable, llamada por los indígenas Paroa, y á la cual denominó Surville bahía Lauriston, en honor del gobernador general de las posesiones francesas en la India. Si este explorador hubiera tenido á bordo un intérprete le hubiera sido muy fácil saber que Cook se hallaba á la sazón reconociendo las mismas costas, puesto que esta noticia debía haber cundido ya entre los naturales.—La relación de Surville está tomada del diario del capitán Crocet que se muestra decidido antagonista de su predecesor, como que achaca todas las desgracias ocurridas en su propio buque á la desacertada conducta de aquel jefe. Surville se dirigió á tierra al día siguiente de su llegada, y fue recibido amistosamente por los indígenas que le contemplaban admirados con cierta especie de curiosidad infantil. Un día le pidió un caudillo del país el mosquete que llevaba consigo como muestra de inferioridad ó dependencia, pero él rehusó darlo, y habiéndole demandado entonces la espada, la dió sin dificultad alguna; entonces el jefe indígena se dirigió á sus compañeros pronunciando un discurso ininteligible para los franceses, blandió varias veces el arma y la volvió á entregar á su dueño. Los europeos hicieron algunos repuestos muy abundantes de varios artículos que necesitaban, si bien el Diario no menciona á qué clase pertenecían.

Lo desabrigado del fondeadero obligó á Surville á trasladarse con el buque el día 22 mas hacia el interior de la bahía, cerca de una pequeña aldea llamada Parakiraki, á la que dió el nombre de ensenada de Chevalier; mas apenas había dejado caer el ancla cuando se desató un huracán con tal furia, que estuvo muy á pique de perderse, pues formada la costa por una playa de arena baja y anegadiza, se hallaba completamente abierta á los vientos del Norte. Un bote del mismo buque, trató en vano largo tiempo de llegar á bordo, viéndose por fin obligados sus tripulantes á regresar á tierra, donde quedó casi completamente destruido. Los indígenas les dispensaron generosa hospitalidad durante dos días que duró la tormenta, pasada la cual pudieron regresar al buque; pero esta noble conducta fue muy mal correspondida por Surville que, habiendo perdido un botecito mientras soplabá el huracán y sospechando sin motivo que los naturales lo habían robado, trató de tomar venganza, para lo cual invitó al jefe del distrito Nahinui á que pasara á bordo donde luego le detuvo prisionero. En seguida bajaron los franceses á tierra y pusieron fuego á aquellas ruinosas aldeas que les habían prestado hospitalario abrigo, después de lo cual regresaron al buque y se dieron á la vela llevándose consigo al infortunado jefe, que murió de congoja á los tres meses. Surville no sobrevivió mucho tiempo á la víctima de su infame conducta, pues al llegar al Perú, doce días después del fallecimiento de su prisionero, y deseando tener una entrevista con el virey, se dirigió á tierra en un bote pequeño al tiempo del flujo de la marea que es precisamente el momento en que hay mayores rompientes en la costa; un golpe de mar volcó la embarcación, y Surville lo mismo que los que le acompañaban perecieron ahogados, sin que pudiese salvarse nadie mas que un malayo.

Los primeros europeos que después de esto expedición visitaron la Nueva Zelanda, fueron también franceses, con los buques llamados

*Mascarin* y *Marqués de Castries*, mandados por el capitán Marion de Fresne, á quien se dieron las correspondientes instrucciones para que examinase aquel territorio y recorriese el Océano Pacífico del Sur en busca de nuevas islas ó continentes.

#### EL BAÑO.

Al aire el nevado pecho,  
deshechas las rubias trenzas,  
entre las ondas del Tajo  
se baña la hermosa Elena.  
Las hojas ya no se mueven,  
las aguas ya no se quejan,  
de tantos hechizos mudas,  
de tanta gracia suspensas.  
Cubren su tersa garganta  
collares de húmedas perlas,  
de su copioso cabello  
se desprenden gotas trémulas  
y flotan sobre su espalda  
las desbandadas guedejas,  
como sobre el tronco esbelto  
las ramas de la palmera.  
El rio se precipita  
por entre juncos y yerbas,  
publicando su ventura,  
celebrando su belleza;  
no hay brisa que no la cerque,  
ave que no acuda á verla,  
ni flor que no se marchite  
de celos en las riberas.  
Los geniecillos alados  
que moran entre las piedras,  
sacuden el blando sueño  
y atónitos la contemplan;  
uno recoge su aliento,  
cuál de sus rizos se cuelga,  
y algun geniecillo osado  
sus labios de grana besa.  
Ella, bogando tranquila,  
de tanta pasión agena,  
burla los giros del viento  
bajo las aguas discretas,  
y cuando el sol desde el Cénit  
entre el ramaje la observa,  
huye á ocultar sus encantos  
do sus rayos no penetran.  
Tened, atrevidos ojos  
vuestra mirada avarienta,  
bajo sus desnudas plantas  
gemid á su paso, arenas.  
¡Flores, coronad sus sienes,  
esparcid vuestras esencias  
y envidia tanta blancura  
mármoles de Italia y Grecia!

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

#### LOS DERVICHES.

Los *derviches* ó *dervices* son una especie de monges que hacen voto de castidad, de obediencia y de pobreza, viviendo en monasterios y formando una de las principales órdenes religiosas que existen entre los turcos. Uno de sus monasterios se halla en la Nátolia y otro en Egipto. La voz *dervis* significa pobre ó separado del mundo, aunque por lo general se aplica á todos los religiosos turcos. Unos se dedican á la música, y al son de ella cantan alabanzas á Dios, á pesar de prohibírsele el Alcorán y los muftis. Otros se dan á una vida solitaria y triste, alejándose de los hombres y haciendo gala de un carácter insufrible y adusto. A pesar de todo si les acomoda pueden salirse de sus órdenes religiosas.

#### LAS PALMÍPEDAS.

Todas las aves de este orden son nadadoras, tienen cortas las patas é implanta las en la par-





El Castor.

te trasera del cuerpo; tarsos cortos y comprimidos; dedos anteriores enteramente reunidos por palmeras ó ensanchados por membranas divididas; plumaje apretado, compacto, lustroso é impermeable al agua, guarnecido junto á la piel por un vello espeso; cuello mas largo que las piernas, para que el ave nadando pueda buscar su alimento á cierta profundidad dentro del agua.

El grabado adjunto representa el Somormujo, de los cuales los grandes son conocidos en los lagos de Suiza, y los pequeños en nuestros estanques. También alternan con ellos los papagayos del Norte y de mar, que se hallan esparcidos por las regiones setentrionales de ambos continentes y por las costas Norte occidentales de Francia. La talla de estos últimos es de once pulgadas; las partes superiores y su collar son negras, las inferiores blancas; la comisura del pico presenta una pequeña mancha anaranjada.

#### EL CASTOR.

El castor es el único entre los cuadrúpedos que teniendo la cola aplastada, oval y cubierta de escamas, se sirve de ella como de un timon para dirigirse por el agua: el único que tiene membranas en los pies posteriores, y al mismo tiempo separados los dedos en los anteriores, usando de ellos como de manos para llevar la comida á la boca: el único que, semejándose á los animales terrestres en las partes anteriores de su cuerpo, parece que participa de los acuátiles por las posteriores.

#### Á DOLORES.

##### SERENATA.

Escucha niña hechicera,  
depon esquivos enojos,  
que ya anhelantes mis ojos  
están por verte salir.

No quieras, hermosa mía,  
no quieras, luz de mi alma,  
bajo tu reja con calma  
ver á tu amante morir.

Las flores de tus macetas  
se inclinan á oír mi queja,  
y los hierros de tu reja  
ablanda mi suspirar.

No seas cruel, mi vida,  
no seas cruel, Dolores,  
piedad ten de mis clamores  
y calmarás mi penar.

Mis pasos aquí guiaron  
de la esperanza la estrella,  
que tengo tu imagen bella  
grabada en el corazón.

Aquí te espera tu esclavo,  
aquí te aguarda con calma  
que luz bella de mi alma  
tus ojos, hermosa, son.

Vea tu rostro hechicero  
y tus ojos peregrinos,  
vea tus labios divinos  
con el amor sonreír.

No seas ingrata, niña,  
con quien te envía un suspiro,  
si no sales, aquí espiro:  
sin tí no puedo vivir.

¿No sales, bella Dolores?...  
¿No te apiadas de mi queja?...  
Mañana al pie de tu reja  
un cadáver hallarás.

Entonces espero ingrata  
que al recuerdo de mi llanto  
cual tú, pura flor en tanto  
á mi cuerpo arrojarás.

Adios, hermosa Dolores,  
adios, mi niña querida;  
de mi corazón la herida  
con mi vida concluirá.

Una lágrima, un suspiro  
te pide mi pecho triste,  
si piedad en tí no existe  
no me los quieras negar.

MANUEL MARÍA GUILLEN.

#### CANTARES.

En la historia de mi vida  
Hay una página en blanco,  
Dé la cual borraré tu nombre  
Para no ocuparla en vano.

Mirándote al trasluz  
En tu pecho vi un altar  
Donde los hombres son víctimas  
Y diosa tu vanidad

Una vez tú me engañaste  
Otra vez te engañé yo:  
La espada que á tí te mata  
Es la que mi pecho hirió.

TERENCIO THÓS.

#### PERLAS Y AVELLANAS.

##### CUENTO ORIENTAL.

Muley Hazem por el desierto cruza,  
rojas las nubes son, fuego la arena,  
y muerto de hambre y de fatiga el moro  
junto á una palma llega.

Restos de alguna caravana errante  
que por allí pasó loco contempla,  
y algo que alivie el torcedor del hambre  
busca y no encuentra.

En torno gira los ardientes ojos,  
descubre un saco, rápido lo observa  
y creyéndolo lleno de avellanas  
á desatarlo empieza.

¡Alá es grande! decía, y cuando el fruto  
que él esperaba, por el suelo rueda,  
esclamó con dolor:—¡No hay avellanas!  
¡solo son perlas!

LUIS RIVERA.

#### REFRANES ANTIGUOS.

Si me vistes, burléme; si non me vistes, calléme.

Quien come boñiga, comería hojaldre.

Piensen los enamorados, que los otros tienen los ojos quebrados.

Nin sirvas á quien sirvió, nin pidas á quien pidió.

Dueña que mucho mira, poco fila.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.  
Editor responsable. Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sánchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los correosales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.